

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ



Adriana

Cuadernos del Archivo de la Universidad **23**

Lima, 2000

Cuadernos del Archivo de la Universidad

Comité editorial

- Presidente : José Agustín de la Puente Candamo
- Miembros : Juan Carlos Crespo López de Castilla
René Ortiz Caballero
Jesús Vera-Portocarrero Beltrán
- César Gutiérrez Muñoz
Archivero de la Universidad

La edición de este *Cuaderno* fue dirigida por la doctora Elsa Tueros Way, profesora principal del Departamento de Educación.

Pontificia Universidad Católica del Perú

Adriana

– Lima: PUCP, 2000.

64 p.; 20 cm. (Cuadernos del Archivo de la
Universidad: 23)



Adriana Flores de Saco

Doctora ADRIANA FLORES DE SACO
en la Facultad de Educación
28 de diciembre de 1995

Presentación

Con verdadera simpatía escribo estas primeras palabras del número de los *Cuadernos del Archivo de la Universidad* dedicado a Adriana Flores de Saco y a su tarea de maestra en la Facultad de Educación de la Universidad Católica.

Recuerdo a Adriana desde los días que vivimos como estudiantes en el ambiente cordial y de comunidad universitaria, en la Plazuela de la Recoleta. Todo era modesto, sencillo, en espacio muy limitado, y al mismo tiempo gratísimo e intelectualmente serio. En ese marco conocí a Adriana hace más de cincuenta años, y la veo igual; con el mismo ánimo y con idénticas ilusiones. La vocación intelectual vence a las limitaciones del tiempo.

En la amiga a quien ofrecemos el homenaje de este *Cuaderno* se enlazan tres campos dentro de su vocación universitaria. Su dedicación a la Geografía dentro de una amplia visión de las cosas peruanas, su clara visión de la personalidad histórica del Perú y su calidad de maestra con solvencia intelectual y dedicación humana.

Amiga por encima del tiempo y de las circunstancias, se esfuerza por pasar inadvertida, y en el ejemplo de su vida ofrece la mejor lección.



José Agustín de la Puente Candamo
Presidente del Comité Editorial
de los *Cuadernos del Archivo de la Universidad*

Comunicación

A mis pares y amigos:

Vacilaba entre irme silenciosa en estas vacaciones o escribirles unas líneas de despedida. Eventos sucesivos de 1999 y del 2000 confirmaron mi fecha de inicio del trámite de jubilación. Sobraba aquí, faltaba allá, y más claro no podía estar mi nuevo programa de actividades y mi faena diaria de trabajo para mi tercera edad. Dios lo disponía así. Estaba decidido.

Debo confesarles que desde meses atrás sentía como un salto al vacío, después de más de medio siglo de planear mis labores de estudio, postgrados, docencia y administración en razón de la PUCP y de la Facultad. Miraba con nostalgia mi desordenada oficina y el cúmulo de papeles que en ella se acumulara. Caminaba por la avenida Riva-Agüero, entraba en la Capilla del CAPU asociándola con la pequeña Capilla de la Paz que tendría en la parroquia de mi hogar. Revisaba los documentos de planificación para el 2000 de la Universidad y de la Facultad y pensaba con nostalgia que yo casi no estaba allí. La verdad es que hacía tiempo yo sentía el llamado de nuevos servicios, pues en la Facultad recibía más que daba. Repitiendo la plegaria del adulto de la tercera edad, rogaba al Señor

*“quítame el sentimiento de creerme indispensable,
que del gradual despego de las cosas
solo vea la ley del tiempo,
y considere este relevo en los trabajos
como manifestación interesante
de la vida que se revela
bajo el impulso de la providencia,
por lo que pedía al Señor
ayuda para todavía ser útil a los demás
contribuyendo con mi optimismo y mi oración
a la alegría y al entusiasmo
de los que ahora tienen la responsabilidad.”*

Hace años que esta larga y bella oración me acompañaba. Me hizo aceptar la jubilación como un hecho natural e irremediable en el ocaso de la vida. Todos tenemos que avanzar a nuevas experiencias. Estancarse en este caminar es privarse de actividades que nos llevan a trascender en lo cotidiano.

Y aquí me tienen cruzando el puente con la esperanza de investigar, escribir y actuar en proyectos planeados con exalumnos, y en estos planes no puedo dejar de tenerlos presentes a ustedes. Los y las necesito en mi vivencia de perenne actualización, de buscar a fondo en la problemática educativa institucional y nacional, en esta época de cambio global y acelerado ante necesidades al parecer perennes e irresolubles de humanización y de perfección, como lo demanda Jesús.

Bueno, como siempre me extiendo demasiado... tendremos tiempo de conversar en Internet. Hasta entonces.

Lima, febrero del 2000.

Adriana

***Adriana Flores de Saco:
educadora de educadores***

Inés del Águila Ríos

La antigua Facultad de Educación, ubicada en el jirón Camaná, en el centro histórico de Lima, fue escenario donde mi generación se formó en el quehacer del trabajo pedagógico y la responsabilidad del ser educador. La doctora Adriana formó parte del equipo docente que condujo esa formación, quien desde el primer día de clases nos enseñó a aprender, guió con rigor académico la sistematización del conocimiento educativo y fue ejemplo vivo de ética profesional y don de servicio.

Nuestro curso de *metodología de la enseñanza de la geografía*, dictado por la doctora Adriana, fue más que una asignatura, significó una experiencia vital y ejemplar que nos introdujo a un modelo de pedagogía activa. Las teorías y métodos de la disciplina geográfica se verificaban en el campo, de hecho el poblado de San Fernando, ubicado en el valle de Lurín, fue el centro de estudio de técnicas didácticas destinado a una lectura comprensiva del espacio.

El acopio de datos, conocimientos y la experiencia obtenida dio paso a la discusión pedagógica, cuyos resultados guiaron la práctica educativa experimental en los colegios estatales, con el fin de proponer estrategias de enseñanza/aprendizaje de la disciplina geográfica entre jóvenes de educación secundaria.

En el marco de estos recuerdos y después de un largo caminar en la tarea de educar, puedo decirle a la doctora Adriana que en nuestro encuentro de aquellos años conocí y admiré a la profesora, pero en el camino descubrí a la maestra, y a ella le digo: ¡Gracias!

La reconstrucción nacional en las reflexiones de Adriana Flores de Saco

Jorge Capella Riera

Son muchas las virtudes y capacidades que adornan la vida y obra de la doctora Adriana Flores de Saco, por las que siento profunda admiración y reconocimiento. En esta oportunidad, de todas ellas sólo voy a ocuparme de su pasión por la verdadera formación/transformación nacional. Su pensamiento, discurso y desempeño profesional tienen esta impronta, como se puede evidenciar en su artículo *"Material para un debate: la generación del 900 y la reconstrucción nacional"*, publicado en marzo de 1995 en el número 7 de la revista *Educación* (Lima: PUCP).

He elegido esta faceta de su personalidad por la vigencia y pertinencia que sus reflexiones sobre el tema tienen en las circunstancias que vive el país.

Comenzaré postulando que Adriana se identifica con la posición argumentada de la generación del 900 frente al desarrollo de la nacionalidad. Como ella misma dice *"Para los que nos formamos en los claustros de la PUCP, avanzadas ya las primeras décadas del siglo, no podemos menos que recordar la presencia de dos figuras del 900, estrechamente relacionadas al desarrollo de nuestra Universidad y a la afirmación de nuestra identidad peruana y católica, don José de la Riva-Agüero y Osma (1885-1944) y don Víctor Andrés Belaunde (1883-1966), por su influencia directa en la línea ético-religioso, sociocultural, política y económica de la Universidad..."*

Para Adriana la misión que los hombres de la generación del 900 se habían trazado era la de *"...enaltecer al Perú con la ampliación de su conocimiento y definición y la de afirmar los principios y valores esenciales para una época de crisis, como la que se daba en los años de transición de los dos siglos XIX a XX, y que conservan vigencia en la crisis que vivimos en la transición de los dos últimos siglos, del XX al XXI. Valores como:*

1. *Una apuesta optimista por el Perú y su futuro.*
2. *La búsqueda y afirmación de la identidad nacional.*
3. *El reconocimiento, respeto y defensa del mestizaje como fuerza de integración.*
4. *El amor enaltecido por el Perú, su territorio y los símbolos patrios.*
5. *La aceptación del cambio y modernización, como factores de superación y reconstrucción nacional.*
6. *El respeto y aceptación de la diversidad nacional y la afirmación de los valores históricos de las culturas originarias entre ellas la indio andina y la hispana.*
7. *La búsqueda legal y cívica de solución a la crisis política a través del diálogo democrático de ideologías diversas o de la contienda política partidaria."*

En su análisis de estos valores destaca el alma nacional, la integración-mestizaje y la reconstrucción nacional, todo ello desde una perspectiva educativa, según paso a analizar brevemente.

"Pueden transcurrir siglos -apunta- en la forja de un alma nacional. No es sólo la delimitación de fronteras, ni la creación de Estados lo que integra a los pueblos en nación, ni es la homogeneización de razas y credos. Es también la convivencia, confiada y optimista, en el enfrentamiento de problemas comunes, en la búsqueda de soluciones equitativas y en la percepción prospectiva del futuro y de ideales comunes, lo que puede unir a los peruanos. Es una convivencia sembrada con fe, erigida sobre la verdad, en la que se facilita el conocimiento mutuo, se asegura el respeto y la igualdad de oportunidades dentro del grupo o etnia cultural, como entre todas las distintas culturas que integran la Nación, cultivada en ambiente de libertad y comunicación, la que puede generar la esperada democracia. No es la uniformidad de ideas y criterios lo que hace la Nación democrática. Es el diálogo entre visiones e ideologías diversas, lo que permite la visualización más completa de los problemas y la búsqueda de soluciones más justas para la necesaria participación competitiva de los ciudadanos."

Adriana considera que **integración intercultural** es la palabra clave en el paradigma social reclamado para nuestra nacionalidad,

dejando en segundo término el concepto de mestizaje. *"Esta preeminencia de la interculturalidad -sostiene- no excluye ni desconoce la importancia del mestizaje: el concepto de **interculturalidad** (...) incluye el mestizaje como instrumento característico activo y tesoro valioso de nuestra nacionalidad..."*

Plantea que, *"...a diferencia de lo que significó el mestizaje para la generación del 900, que la interculturalidad avanza más allá del mestizaje inicial, racial y cultural y representa toda una revolución, en la percepción de fines o ideales nacionales, de igualdad de oportunidades para todos, en la confesión y respeto de credos religiosos, en la interpretación de las concepciones éticas, religiosas, antropológicas y económicas que deben sustentar nuestra declarada política democrática y cristiana de **deberes y derechos humanos**. El paso del mestizaje a la interculturalidad nacional *"implica retornos al pasado, reconocimiento de errores y vislumbre de realizaciones posibles."**

Adriana es realista y, por ende, consciente de que en el país tenemos grandes divergencias en conceptos y métodos de **reconstrucción nacional**. Pero para ella *"...la crisis en que todos estamos insertos, nos debe invitar al fortalecimiento de nuestra fe en el Perú, al reconocimiento de realizaciones que iluminan nuestra Historia, a la esperanza de posibilidades de integración en la búsqueda de ideales comunes, y de una auténtica democracia cristiana y representativa, sustentada en la verdad, el conocimiento, la libertad y la justicia, pero sobre todo e inicialmente, a propiciar y defender el diálogo que surge de la diversidad y fortalece todo proyecto viable de reconstrucción nacional, diálogo que debe atisbar el pasado al proyectarse al futuro..."*.

Por último, al analizar el **mensaje educativo y patriótico** de esa generación y su vigencia frente a las demandas socioculturales actuales señala que, guardando distancias, debemos reconocerlo como material de reflexión valioso para el debate en torno a la definición de nuestro proyecto histórico y educativo.

Este mensaje, añade, debe ser percibido por los educadores y traducido *"...en misiones que definan su ideario y su trabajo diario, en la forja de una democracia sustentada en el conocimiento de la verdad, en programas educativos diversificados y descentralizados, en medida posi-*

ble, que aseguren la reconciliación de los peruanos, no obstante la pobreza de nuestra situación económica actual y de la diversidad geográfica, étnica y cultural del país, hoy y a todo lo largo de la historia."

A partir de lo expresado, infiero que Adriana hace suya la profesión de fe que Óscar Miró Quesada hiciera en "Los elementos de geografía científica del Perú" en 1925 y con la que ella inicia el artículo mencionado:

"Sí: yo creo en el porvenir del Perú.

Creo en sus enormes riquezas naturales, que sólo esperan el trabajo del hombre, para asombrar el mundo con su grandeza.

Creo en la utilidad de todo esfuerzo desinteresado en bien de la patria.

Creo en la vitalidad intensa y obstinada del Perú, que ha soportado todas las crisis financieras y todos los desaciertos políticos, reponiéndose y progresando.

Creo en la inteligencia de la raza peruana y en la acción benéfica de sus nuevas generaciones.

Creo, por último, en la sensatez de nuestro pueblo, en su amor a la paz, en sus sentimientos elevados, y tengo fe absoluta en los futuros destinos del Perú."

La cercanía de Adriana

Lucrecia Chumpitaz Campos

Hacia el año 1983 tuve la oportunidad de conocer personalmente a la doctora Adriana Flores cuando en esa ocasión era decana de la Facultad. Como miembro de apoyo del Centro Federado de aquel entonces, nos interesaba entrevistar a Adriana y poder, posteriormente, publicar esta entrevista en un *Boletín del Alumno*. Fue desde esa ocasión que quedé impactada por la esplendorosa personalidad de esta hermosa e inteligente mujer que desde entonces la consideré como una autoridad en el sentido más integral. Desde ese momento pude apreciar una de sus mejores habilidades cual es la de comunicarse íntegramente. Puede ser una reiteración, pero la doctora Adriana se comunica con todo su ser y lo hace con gran disponibilidad, inteligencia y sencillez.

Posteriormente, ya siendo mi profesora en el curso de *tecnología educativa IV* tuve aún mayor posibilidad de conocerla y ya directamente en su rol como docente. La doctora Adriana daba clases curriculares y extracurriculares. Sus clases además de ver aquellas cosas concernientes al tema del día siempre encontraban una vertiente para que ella, gran maestra, pudiera sacarnos de aquella aula y llevarnos a otros lugares, a otras experiencias y a darnos cuenta de lo grande y amplio que es el campo de la educación y de los retos que como profesionales teníamos que afrontar. No perdía la ocasión para decirnos que teníamos que salir del Perú y de la Universidad. Tienen que ampliar su visión y después regresar a aportar de mejor manera, nos decía. Eso fue algo que me quedó como astilla que tuve que sacármela después de un tiempo cuando tuve la oportunidad de viajar al exterior para un estudio de postgrado y llegué a experimentar lo que ella entonces nos decía. Hoy siempre estaré agradecida a ese buen consejo que nos dio y que como experiencia resultó de gran valor personal, familiar y profesional.

Ya como colega tuve también la oportunidad de seguir conociéndola y disfrutando de su persona, sobre todo a nivel profesional. Siempre quiere aprender, me decía a mí misma cuando la observaba y escuchaba. La doctora Adriana es la eterna alumna que se cuestiona y cuestiona todo lo que la rodea. Gratamente, a mi parecer, conserva siempre la curiosidad de niña que no le hace temer ni reprimirse ante preguntas y comentarios que ella necesite absolver. Esta actitud de actividad permanente la llevaba a estar siempre atenta aportando, cuestionando, criticando, tratando de analizar y de ver más allá de lo aparente. Muy preocupada por los cambios y cómo estos nos van afectando y frente a los cuales qué debemos hacer como educadores, aquellos "buenos educadores" que, como ella nos decía, el padre Jorge Dintilhac siempre reclamaba para el Perú.

Y como buena educadora que es la doctora Adriana, su vocación fue vivida a través de acciones concretas que decían mucho de lo que ella es como persona y profesional. Son incontables las veces en que solía retirarse muy tarde, dedicada a su trabajo en nuestra casa de estudios. Y algo que me llamaba especialmente la atención era cómo, a pesar de que los años pasaban por nuestra querida doctora, ella seguía conservando la disponibilidad para irse a los pueblos, lugares alejados y recónditos de nuestro Perú para capacitar y trabajar junto a los docentes con gran compromiso y desprendimiento.

Cuando trato de determinar de dónde viene tanta fuerza y esplendor a esta hermosa Mujer, creo que encuentro la respuesta en la capacidad de amar que tiene y ello como producto de una profunda fe y confianza que siempre ha tenido en Dios, quien la ha provisto de esa fuerte personalidad, tan acrisolada, de tanta firmeza y convicción.

Contamos con Adriana Flores mucho tiempo más para poder disfrutar, sino es ya con la frecuencia de su presencia física, sí con su presencia moral como autoridad que siempre demostró ser -al margen de un cargo directivo- y que está de alguna manera en los frutos de sus semillas que ella, como bien nos decía, ha cultivado

en su camino, sus queridos alumnos y exalumnos, a quienes siempre amó y demostró con acciones concretas que los quería. Pues nunca faltó en ella un cálido saludo e interés por conversar sobre nuestros proyectos, preocupaciones, intereses. Son detalles, maravillosos detalles, que dicen mucho de lo que es una buena educadora.

En el nombre de Adriana

Roberto Criado Alzamora

La memoria afectiva, vasta metáfora de nuestro fuero interno, suele ser dictatorial y selectiva: preserva lo esencial, lo que dejó huella imborrable e inacabable, lo que realmente vale la pena conservar en la intimidad y se desprende de lo que fuera accesorio, artificial y adjetivo. Cuando Elsa Tueros me pidió gentilmente escribir unas líneas en homenaje a Adriana Flores de Saco, valorando todo lo que este homenaje implicaba, no dudé un instante en aceptar su pedido. Lo hice por Adriana, por Gustavo, su esposo y amigo de larga data, y por un amigo entrañable y común a ambos: el padre Gerardo Alarco. La imagen de Adriana ha sido, entonces, la llave que poco a poco ha ido abriendo un hermoso botín, acaso el más importante y valioso de todos los que mi memoria afectiva ha ido atesorando con cautela, con insistencia, con cariño especial.

Pocas personas habrá echado Dios al mundo como Adriana; las virtudes y los talentos que normalmente se hallan repartidos entre las gentes están en ella sintetizados de un modo admirable: mujer honesta y transparente, de una calidez y una generosidad apabullantes, esposa dedicada y profesional entregada a la hermosa y difícil tarea de ser maestra, con todo lo que este término convoca: formar mejores personas, modelar el alma y cultivar la sensibilidad, la inteligencia y el espíritu.

Las amistades están hechas de circunstancias, de detalles, de gestos, de escenas conmovedoras e imborrables, su urdimbre encierra silencios y palabras. Recuerdo con nitidez largas conversaciones con Adriana en la playa de Bujama, con la cálida presencia y el oído atento del padre Alarco. En esos diálogos se fue consolidando nuestra amistad, en el reconocimiento mutuo de la simpatía y la coincidencia de ideales. El descubrimiento de un amigo siempre es un motivo de fiesta porque es la confirmación de una larga sospecha: las almas afines andan por allí

esperando sintonizar entre ellas. Encontrar a Adriana fue hacer de esa sospecha una íntima verdad.

Adriana es de esas personas que se meten en uno y se quedan allí. Ser parte de ella y que ella forme parte nuestra es un privilegio que agradezco con gratitud.

Adriana Flores o la pasión por el magisterio

Margarita Guerra Martinière

Conocí a Adriana desde mis años de secundaria, en el colegio San José de Cluny de Lima. Impresionaba su apariencia física por la blancura de su tez y por las pecas, así como su cabello rubio y ondulado y sus ojos azul celeste, pero luego iba ganando la atención el entusiasmo con que exponía su tema: la Geografía, enseñanza a través de la cual nos hizo conocer nuestro territorio, aunque fuese sólo a través de sus descripciones y de una visita a la entonces Escuela de Agronomía (hoy Universidad Agraria), donde pudimos ver de cerca cultivos, ganado y el tratamiento industrial del algodón.

Su método de enseñanza era avanzado para el tiempo (los años cincuenta) y dejó recuerdos gratos en la promoción. Luego, su insaciable sed de conocimientos, su preocupación por actualizar sus recursos pedagógicos y científicos la llevaron a Inglaterra y más adelante a los Estados Unidos. Pasaron varios años antes de que volviéramos a encontrarnos y fue en la Pontificia Universidad Católica del Perú.

En los años de ausencia del país ella profundizó sus estudios, se compenetró con las nuevas corrientes acerca de la ciencia geográfica y conoció las formas más dinámicas de la enseñanza. Paralelamente profundizó su fe religiosa, la cual le sirvió para darle una mayor trascendencia a su magisterio.

Su afición a la geografía

No fue sólo por el conocimiento teórico. Es posible que mucho haya influido el ser de provincia. Su origen está en Piura y desde muy temprano ella se identificó como piurana y como peruana y fue la Geografía la que le dio las explicaciones acerca de la tierra y sus riquezas, le permitió comprender al hombre, sus costumbres, sus creencias y valorarlo en sus diferentes manifestaciones.

Su estadía fuera del país le permitió encontrar nuevas formas de introducir a sus alumnos en el conocimiento de la patria en toda su dimensión y acercarlos a la sociedad nacional.

Su vocación por el magisterio

Para la doctora Flores la enseñanza ha sido siempre un servicio, no sólo una transmisión de conocimientos, sino una manera de formar personas, ciudadanos, una forma de servir al país preparando a las nuevas generaciones para hacer del Perú el país grande que todos queremos.

Ella ha entendido el magisterio como una labor que trasciende al aula, razón por la cual cuando fueron requeridos sus servicios para la formulación de nuevos planes de enseñanza a nivel nacional no vaciló en dejar la clase para prestar su colaboración en esta planificación. Así se dedicó por largos meses a la preparación de los planes para el establecimiento de las ESEP (Escuelas Superiores de Educación Profesional) y trabajó con un equipo de exalumnos suyos -en su mayoría- en el ministerio de Educación, no sólo para preparar el listado de asignaturas, sino para dotar al proyecto de una filosofía compatible con sus concepciones nacionales y católicas. Lamentablemente esta experiencia, al término del gobierno de la Fuerza Armada, fue desaprovechada.

Su vocación de maestra nació muy temprano y, como ella misma refiere, se afianzó definitivamente luego de una breve conversación que tuvo con el entonces rector, padre Jorge Dintilhac S.S.CC., quien al acercarse al grupo en el cual se encontraba Adriana, con muy pocas palabras, le hizo ver que lo que el Perú necesitaba eran buenos maestros. Esta convicción hizo que dedicase su vida -por más de 50 años- al ejercicio de la docencia, tanto a nivel de la educación secundaria como superior y que encontrase siempre oportunidad, dentro y fuera de la cátedra, para dar consejos, orientaciones, solución a problemas tanto en lo académico como en lo personal, sin escatimar minutos u horas para ello.

Su calidad humana

Un rasgo muy apreciable de su calidad humana es su generosidad, manifiesta en el tiempo que dedica a sus alumnos y colegas, en la amplitud de su enseñanza sin reservas, en poner sus libros a la disposición de todos, sin considerar que pueden perderse, maltratarse o ser aprovechados en su contra.

No hay en este caso celos profesionales, costumbre de retener información para no ser igualada, en ella se cumple aquello de que el mayor tinte de orgullo para el maestro es ser aventajado por el alumno, pues es la mejor prueba de una buena enseñanza

Otro aspecto por destacar es su coherencia. No es el caso del predicador que reclama de los otros el cumplimiento de ciertos deberes, pero que a nivel personal se limita a ejercer sólo sus derechos, en esta oportunidad las mayores exigencias son consigo misma.

Es importante también su sencillez. No hay en Adriana deseos de brillar, simplemente hay intención de estar al servicio de los otros. Ella es la primera en subrayar los méritos de quienes la rodean y en alegrarse por el éxito ajeno, así como el estimular nuevos proyectos y prestar sus propias ideas para ser llevadas a cabo por otros.

Quizá un defecto que se pueda considerar en su actuar es el prodigar demasiado su palabra, pero muchas veces esto es necesario para la mejor comprensión de las ideas y para una cabal defensa de sus convicciones, en todo caso es un defecto menor.

Su compromiso religioso

Como docente de la Pontificia Universidad Católica del Perú, e incluso desde sus años de estudiante, asumió también una identificación en la fe. Identificación que no se ha quedado en manifestaciones puramente externas o superficiales, sino que a la vez que se ha nutrido intelectualmente con los avances de la ciencia geográfica, en la tecnología educativa, en las nuevas orientaciones del conductismo, de la globalización, de la interculturalidad y todas las nuevas corrientes aplicadas a la pedagogía, ha cimentado su fe

con el estudio profundo de los temas religiosos y ha pasado del plano sentimental al plano de la razón.

El mejor testimonio de su compromiso religioso no está, sin embargo, en la profundización de sus estudios al respecto, sino en el testimonio de vida que ha ofrecido durante estos cincuenta años de ejercicio docente. La rectitud de criterio, la justicia de sus evaluaciones, el consejo discreto, el cuestionamiento a las actitudes o decisiones incorrectas, el mantenimiento y defensa de sus creencias y valores, son algunos de los elementos que marcan la consecuencia del actuar de la doctora Flores de Saco y que se puede afirmar mantendrá hasta el final, por aquello de *"genio y figura hasta la sepultura"*.

Sencillamente Adriana

Teresa Jinés Manyari

Mi primer encuentro con la doctora Adriana fue en la clase de *tecnología educativa*, hace algunos años. En ese entonces teníamos muchas inquietudes acerca de la metodología y de los diseños que podíamos aprender en el curso. Nuestra sorpresa fue grata cuando apareció alegre, jovial, transparente, la gran doctora Adriana.

En esa primera clase no sólo trató sobre *tecnología educativa*, pues si bien aprendimos algunos conceptos básicos de la misma, también pudimos apreciar a aquella gran maestra que nos habló sobre el docente, sus valores, su responsabilidad como profesional de la educación, etc.

Desde ese momento hasta la actualidad he aprendido no sólo a respetarla, sino a admirarla y quererla porque considero que ella predica con su ejemplo.

A respetarla tanto por su condición de gran maestra, como por ser la amiga que siempre tiene un momento para compartir, para dialogar no importando cuán atareada esté. La he visto muchas veces con gran cantidad de trabajo sobre su escritorio, trabajos por revisar, artículos por concluir etc., etc. Sin embargo, si viene algún alumno o colega con algún problema ella deja todo de lado para escucharlo.

También es admirable como esposa y madre porque siempre está pendiente de su familia. En nuestra Facultad es común verla irse siempre muy tarde con su esposo que la viene a recoger, como una pareja de eternos enamorados, y es ésa una confirmación de cómo la unión, el amor y el cariño en una pareja es y debe ser para siempre.

Como creyente porque predica con su ejemplo y vive su experiencia de católica en sumo grado. Para nosotros, docentes y no docen-

tes del área de Educación, los 6 de enero representan una fecha especial porque es una oportunidad para compartir un momento de unión y de renovación en nuestro espíritu cristiano y también como niños recibir regalos de parte de Adriana, pues es la Pascua de Reyes.

Definitivamente aprendí a admirarla, pues es difícil no admirar a una persona que teniendo tantos conocimientos, siempre los comparte. Cuando nos encontramos en una reunión su presencia inicialmente podría pasar desapercibida por su gran sencillez, sin embargo cuando ella interviene es difícil no dejar de asombrarse y sentir que se está ante una gran Maestra.

Su jovialidad es una característica constante, entendiéndolo por joven a la persona alegre, dinámica, espontánea. En ese sentido, Adriana ha sido, es y será una persona siempre joven.

Hablar de Adriana es, en verdad, hablar de una persona muy bella, dotada de muchos dones. En cualquier aspecto que la veamos siempre descubriremos una nueva cualidad que aprender y que ella siempre la compartirá con la mayor sencillez, jovialidad y transparencia. Esa es nuestra querida Adriana...

Adriana Flores de Saco

María Amelia Palacios

No es esta una semblanza que se centra en el recuento de la rica y extensa trayectoria profesional de Adriana Flores de Saco. Es sí un sincero homenaje a una mujer extraordinaria que entregó lo mejor de sí para educar a otros. Creo tener autoridad para escribir sobre ello porque Adriana Flores de Saco supo dejar huellas en mí que me acompañan desde que la conocí y que han enriquecido mi vida personal así como la manera de asumir la tarea de educar y aprender con otros.

La doctora Flores de Saco se convirtió en Adriana para mí desde que un grupo de alumnas y alumnos de la Facultad de Educación decidiéramos dirigirnos a nuestros profesores y profesoras por su primer nombre para establecer relaciones más horizontales y cercanas con ellos. Adriana siempre tuvo tiempo para la relación personal con sus alumnos, para la conversación sobre asuntos educativos u otros. Pensábamos distinto -recuerdo- sobre la tecnología educativa sistémica. Jamás hubo atisbo alguno, sin embargo, de desprecio o condena de las ideas de otros sino genuino interés por escucharlas aunque fueran radicalmente distintas a las suyas. Diálogo franco, libre expresión de ideas, un clima acogedor sin el cual hubiera resultado difícil aprender a construir opinión propia. Sin duda muchas de las más importantes lecciones que recibí de Adriana ocurrieron en esas conversaciones, en ese tiempo extra que nos dedicó fuera de aula.

Con Adriana siempre sentí que los alumnos éramos el centro del proceso educativo. Nunca olvidaré una ocasión en la que siendo la única alumna asistente al taller de *didáctica de la geografía*, pregunté si se realizaría la clase, mi experiencia con otros profesores así lo recomendaba. Ella se sorprendió con la pregunta y desarrolló la clase con su única alumna y yo me beneficié de una revisión más exhaustiva de los materiales de aprendizaje que ella había tra-

ducido del inglés para nosotros. No quiero dejar de mencionar lo importante que me sentí por este hecho.

Adriana era, y lo sigue siendo hoy, una firme creyente en la importancia de los talleres de elaboración de materiales didácticos, en los que nuestras destrezas manuales e ingenio se ponían a prueba. En estos talleres a los que yo nunca fui aficionada poníamos en práctica aquello de aprender haciendo. Lamento la poca atención que le di a esa dimensión de mi formación personal. El entusiasmo de Adriana por la elaboración de estos materiales y las técnicas para fabricarlos de manera sencilla y al alcance de economías como la nuestra, siempre me llamó la atención. Adriana pasaba de la reflexión intelectual a las tareas prácticas con igual goce. Eso es algo que siempre admiraré en ella.

Me tocó colaborar con Adriana en varias oportunidades una vez graduada. Recuerdo con especial cariño la capacitación de profesores de las Escuelas Superiores de Educación Profesional que nos llevó a varias provincias del país o la organización del Seminario de Análisis y Perspectivas de la Educación dedicado a analizar el quinquenio 1980-1985 en la educación peruana. Adriana siempre se mostró abierta a las sugerencias, dispuesta al trabajo intenso y al trabajo en equipo. Cuando nuestros respectivos trabajos nos alejaron y nuestras conversaciones se hicieron cada vez menos frecuentes hicimos del reencuentro cada Navidad una costumbre, un momento especial para compartir y escuchar realizaciones y proyectos.

Esta es tan sólo una historia, hay miles distintas de sus tantos alumnos y alumnas. Es imposible condensar en pocas líneas una trayectoria hecha de tantas historias que involucran a tantas personas que ella contribuyó a formar. No puedo cerrar esta semblanza sin referirme a lo que considero el legado más importante de Adriana a mi desarrollo personal y estoy segura el de muchos otros: su fe en las posibilidades de cada uno de sus alumnas y alumnos. Gracias por esa confianza.

Evocaciones sobre una época y un personaje

Raúl Palacios Rodríguez

Todavía hasta mediados de la década de 1960, la carrera o especialidad de Educación era parte del *boom* que se dio al interior de las ciencias humanas tanto en el Perú como en el resto del continente. Esto servía de marco a los jóvenes que, ilusamente, aspirábamos a convertirnos en émulos de aquellos que, en nuestra formación básica habían sido -a nuestro juicio- verdaderos paradigmas del ejercicio docente. Probablemente, muchos de los que entonces optamos por esta noble y quijotesca profesión (así calificada por Ortega y Gasset) fuimos empujados por dicho propósito, amén por cierto de aquel sentir intrínseco que siempre resulta difícil de explicar pero que se halla en el fondo de nuestro ser: la vocación.

Al impulso, pues, de estas dos motivaciones, llegamos en abril de 1966 a las aulas de la antigua Facultad de Educación ubicada en el transitado y bullicioso jirón Camaná 956. Atrás dejábamos el viejo y acogedor local de Letras en la Plaza Francia (con su hermosa reja que abría el patio principal) y, sobre todo, dejábamos el recuerdo y la amistad de nuestros afectuosos profesores y de aquellos nuestros camaradas de aula que tomaban rumbos o direcciones que no eran los nuestros. A muchos, nunca más los volveríamos a ver o, ni siquiera, sabríamos nada de ellos. Al llegar al nuevo recinto, nos sorprendieron muchas cosas que, a la distancia del tiempo transcurrido, resultan hoy anecdóticas o tal vez banales. Los horarios en bloque (vespertinos o nocturnos en la mayoría de los casos) redujo un tanto aquella vida de participación plena en el claustro que durante los años de cachimbos habíamos experimentado en Letras; nuestras particulares ocupaciones (muchos empezamos a trabajar) nos privaron, asimismo, de compartir aquellas interminables tertulias en el patio o en la concurrida cafetería del "Wantán Frito", llamada oficialmente "El Existencialista"; por último, las asignaturas (con sus enojosas prácticas sabatinas) ahora demandaban mayor dedicación y esmero. Pero, sin duda alguna, lo que más

nos llamó la atención por esos días fue encontrarnos con una población estudiantil no sólo mucho más numerosa que la de Letras (cada salón albergaba a más de un centenar de alumnos), sino también sumamente heterogénea desde el punto de vista social, económico y cultural. Pienso que en pocas facultades de nuestra *alma mater* se reproducía entonces un cuadro tan singular y variopinto como en la nuestra. Al fin y al cabo, la Facultad de Educación era una de las unidades académicas más populosas e híbridas del cada vez más pujante claustro universitario. Algunos alumnos (y profesores también) de otras facultades la llamaban, inclusive, la "cenicienta" por el poco interés o el desdén de algunas de nuestras autoridades por ella. ¿Lo era realmente?

Fueron tres años (tiempo que duraba la carrera) que pasamos compartiendo y departiendo con el quehacer cotidiano de la Facultad, al punto que al final de los estudios no sólo logramos soldar nuestro afecto con ella, sino sentirnos totalmente identificados con su espíritu y su entorno. Años arduos, intensos y gozosos los que entonces vivimos, años de madurez y de realización personal, también. Años, finalmente, en los que el eje principal fue la sincera amistad (basada en el respeto y la admiración mutua) con nuestros maestros y nuestros innumerables condiscípulos. ¿Cómo no recordar brevemente ahora algunos nombres de aquellos que forjaron nuestra formación académica? El padre Antonio San Cristóbal, menudo e inquieto con su afinado timbre de voz, por esos días era el decano y profesor de *filosofía de la educación*; su recargada labor jamás le impidió asistir a clases. Hermann Buse de la Guerra, temperamental e impulsivo de carácter, supo deleitarnos con sus sugestivas y magistrales lecciones de *geografía*. Un sabio, sin decirlo ni aceptarlo. Orlando Figueroa Velásquez, atento permanentemente a las innovaciones educativas, nos llevó de la mano a incursionar por campos que la pedagogía nacional recién desbrozaba: la cibernética, la enseñanza programada, la micro enseñanza, la tecnología educativa, etc. Pocos maestros como él (no obstante su enorme sabiduría), se mostraron tan generosos, sencillos y abiertos a los estudiantes. En su cátedra de *didáctica moderna* tuvimos la oportunidad de conocer, analizar y discutir, muchas veces con fervor e incredulidad extremas, un libro polémico por esos días a nivel

mundial: *Summerhill* de A.S. Neill. El hermano Alberto Peinador, de caminar bamboleante y de espíritu sarcástico, nos aproximó a los más importantes educadores a través de su asignatura *historia de la educación*. Adolfo Winternitz, eximio vitralista de figura patriarcal y bondadosa, supo ganarse el afecto y la simpatía de todos nosotros. Sus sabrosas y cautivantes clases (acompañadas de bellas transparencias) eran siempre esperadas ansiosamente; difícil que alguien dejara de asistir a su curso de *historia del arte*. Carlos Cueto Fernandini, de trato afable y fino y de caminar pausado, nos enseñó los vastos y complejos vericuetos de la *teoría de la educación*. Su elegancia y su varonil figura, fueron motivo para que más de uno de nuestros compañeros tratasen de imitarlo. Falleció inesperadamente cuando se desempeñaba como docente de tan singular materia, provocando en nosotros un hondo pesar. Nuestra promoción lleva su nombre. El coronel Néstor Urrutia Dapuetto, con su cabello corto y su rostro permanentemente en movimiento por la infaltable goma de mascar, tenía a su cargo la temida asignatura de *estadística educativa*. El profundo conocimiento que de ella tenía y, sobre todo, sus innegables cualidades didácticas, facilitaron enormemente la comprensión de tan compleja temática. Adrico Vía Ortega, parsimonioso y tolerante como muy pocos, nos indujo al trabajo de campo con su curso de *antropología pedagógica*. El intenso trabajo en comunidad que entonces realizamos más tarde nos serviría en nuestra vida profesional. Luis Marroquín Andía, de rostro rubicundo y de voz aflautada, era el indiscutible titular de la cátedra de *administración de la educación*. Miguel Ángel Rodríguez Rivas, arequipeño de nacimiento y de maciza personalidad, encandiló a muchos con su brillante oratoria, su firme convicción, su amplitud de conocimientos y, principalmente, su diáfana manera de transmitir el mensaje. De él no sólo aprendimos la rutina de las clases teóricas, sino también a decir las cosas con energía, veracidad y valentía. Su curso, *psicología de la personalidad*, era garantía de una asistencia plena de estudiantes, inclusive, de otras facultades o universidades.

Ahora bien, de toda esta lista de profesores (incompleta por cierto por razones de espacio de la presente nota) un lugar especial lo ocupó la doctora Adriana Flores de Saco, de viejas e importantes

raíces piuranas. Ya desde Letras habíamos escuchado hablar de ella; varios de nosotros (los que pensábamos seguir Educación) asistimos con curiosidad a algunas de sus clases. Y la versión favorable se confirmó largamente. Ya como alumnos de la Facultad, desde un comienzo la doctora Saco supo capturar nuestra atención e interés y, primordialmente, nuestro afecto y admiración. Su figura menuda y delgada (vestida de oscuro casi siempre y en invierno con su largo e infaltable abrigo de lana de color negro) era complemento ideal de su increíble y envidiable dinamismo. Poquísimas profesoras como ella en la Universidad, creo recordar con tanta vitalidad, energía y empuje (otro caso excepcional por esos días fue el de la doctora Josefina Ramos de Cox, brillante arqueóloga y generosa amiga).

Cuando conocimos a Adriana (como así cariñosamente nos permitió llamarla) tenía un poco más de treinta años. Su cabello intensamente rubio rojizo (al igual que sus cejas y pestañas), conjugaba con su juvenil rostro pecoso y sus pequeños y vivaces ojos. La recuerdo verla ingresar diariamente con aire garboso y apresurado por la inmensa puerta de madera que daba a la calle; su maletín negro lleno de papeles, libros e implementos didácticos mostraba las huellas del tiempo ya inevitablemente transcurrido. Creo que nunca lo cambió. Era todo un espectáculo verla sacar en el pupitre, ante la expectativa de todos los presentes, aquellos objetos que clase tras clase se regocijaba en mostrarnos. En medio de su desorden, ella mantenía su propio orden. Sin embargo, en cierta ocasión interrumpió intempestivamente la clase porque había olvidado (pensando ella que se encontraba en el maletín) una pequeña maqueta sobre el relieve terrestre del Perú; salió corriendo del salón para dirigirse a la tienda de la esquina de la Plaza Francia donde, por olvido, la había dejado. Era (al menos hasta el tiempo en que la frecuenté) muy distraída, lo cual jamás atentó contra la excelencia de su quehacer académico en el aula.

Varios cursos llevamos con Adriana durante nuestra carrera (especialidad de Historia y Geografía). El primero, si mal no recuerdo, fue el de *didáctica de la geografía*. ¡Qué soberbio y encantador curso! Fue una experiencia por demás enriquecedora en todo el sentido

de la palabra. No sólo aprendimos la teoría, sino que también nos adiestramos en la técnica del diseño y la elaboración de materiales educativos. Durante horas enteras nos sumergíamos (profesora y discípulos) en la inmensidad conceptual y pragmática de la asignatura. Analizábamos y discutíamos intensamente, bajo un esquema previamente establecido, los distintos componentes del proceso de enseñanza-aprendizaje de la Geografía y sus implicancias metodológicas. Ahí se apreciaba la extraordinaria e innata habilidad de educadora de Adriana. Conducía las reuniones (bajo la modalidad de la dinámica grupal) con una naturalidad y una fluidez pedagógica que hoy -confieso- asombra y admira. Su rica experiencia (labrada aquí y en el extranjero) seguramente reforzaba este privilegiado don. Demostraba seguridad, solvencia y mucho tino en su participación. Pocas veces recuerdo (por no decir nunca) haber presenciado una escena en la que Adriana perdiera los papeles o mostrase una conducta alterada con sus alumnos. Al contrario, siempre cortés y permanentemente condescendiente con todos. No era (y pienso que sigue siéndolo todavía) ni rígida ni mucho menos dogmática e inflexible. Por otro lado, jamás nos impuso su punto de vista; escuchaba en silencio, con la mirada fija en el interlocutor, asintiendo de vez en cuando con su cabeza la feliz intervención de cualquiera de nosotros. Ponía mucho entusiasmo y convicción en lo que decía u opinaba, razón por la cual la motivación se mantenía siempre al tope entre nosotros. Podríamos decir que disfrutaba haciéndonos disfrutar de la clase. Era tal su entusiasmo, que frecuentemente la hacía olvidarse de consumir bocado alguno, con las consabidas y nefastas consecuencias posteriores para su organismo.

La parte teórica era complementada con la lectura de textos de reciente publicación que ella poseía y que, generosamente y con un desprendimiento poco usual por entonces, nos los proporcionaba para leerlos con mayor detenimiento en casa. La parte práctica del curso era una extraña mezcla de curiosidad, entusiasmo y gozo por parte nuestra. Curiosidad, porque era la primera vez que nos poníamos en contacto con la posibilidad real de diseñar y elaborar un material didáctico para uso en aula; entusiasmo, porque nos sentíamos motivados (y reforzados) en utilizar nuestros conociemien-

tos en algo tangible y útil; y gozo, porque veíamos materializar parte de nuestra vocación con lo que ahora la psicología del aprendizaje denomina "aprender aprendiendo". En este sentido, maderas, yeso, plastelina, papel periódico remojado, cola sintética, tijeras y cartulinas constituyeron los componentes básicos del trabajo práctico de la indicada asignatura.

Una segunda experiencia enriquecedora que compartimos con Adriana fue en el cautivante campo de la tecnología educativa. Nuestra Facultad fue pionera a nivel nacional en este vasto e interesante rubro. Orlando Figueroa y Rosa María Saco Noriega en el área de la enseñanza programada; Estela Barandiarán en el de la televisión educativa; y nuestra Adriana en el de la tecnología educativa. Todos ellos despertaron nuestro vivo interés por estudiar e investigar acerca de tan sugestivos temas. Más tarde, inclusive, algunos de nosotros tuvimos el privilegio y el honor de compartir con ellos exitosas experiencias en la Facultad y fuera de ella (docencia, asesoría, etc.).

En el caso de Adriana, su estadía anterior en Inglaterra indudablemente le había permitido asimilar y acumular importantes conocimientos en el campo de la innovación pedagógica. Experiencia que volcaría, sobre todo, en el área de la Geografía. Tiempo después, su permanencia en la Florida State University (Tallahassee-USA) amplió y reforzó este primer contacto técnico-pedagógico. Recordemos que por entonces dicha institución norteamericana era una de las más prestigiosas en el ramo de la educación y, particularmente, en el de la tecnología educativa. Los mejores profesores se habían concentrado en su Facultad de Educación, funcionando de modo paralelo un acreditado y activo Centro de Tecnología Educativa que brindaba servicios a distintos países de éste y otros continentes. Tuve la fortuna de realizar una estadía de seis meses en ambas unidades, con provechosos e importantes beneficios que más tarde aplicaríamos en diferentes entidades académicas del país.

Considero que el accionar conjunto de los cuatro profesores arriba mencionados hizo que en nuestra Facultad se originara en los estudiantes un inusitado e intenso interés por todo aquello que signi-

ficara cambio, mejora e innovación en el destino y quehacer de la Facultad. Los resultados se verían años después cuando ella retomó nuevamente aquel impulso espectacular que conocimos cuando ingresamos a sus aulas a fines de la década de 1960. Pienso que en ambos casos, principalmente en el segundo, Adriana jugó un papel decisivo y determinante. ¿Quién no recuerda su activa e intensa participación como docente, consejera y autoridad en búsqueda de la excelencia académica de la Facultad? ¿Quién no recuerda sus prolongadas y entusiastas conversaciones con los estudiantes para recoger sus pareceres e inquietudes? Personalmente, es vivo mi recuerdo cuando al lado de Orlando Figueroa, los tres (el suscrito como representante estudiantil) compartimos largas y candentes jornadas de discusión (muchas veces incomprendidas) en el seno del Consejo de Facultad para plasmar una nueva estructura curricular.

Pero, ciertamente, no sólo la energía y el dinamismo de nuestra afectuosa colega y amiga se dejó sentir en el cotidiano quehacer en el aula. Conocemos de su múltiple y valiosa participación en el campo de la proyección social, a través de cursos, seminarios y conversatorios dirigidos a docentes de los niveles preuniversitarios. ¡Cuántas veces hemos sido testigos de su fervorosa entrega en favor del magisterio nacional! Adicionalmente, su afán de investigación y de producción intelectual, complementaron tan estupegada labor. Docencia, proyección e investigación (las tres variables básicas de la actividad universitaria) en este caso se engarzaban en un feliz triángulo de índole académico. Sin embargo, en Adriana hallamos presente también un cuarto elemento de enorme trascendencia institucional: su desempeño en el campo académico-administrativo. Como directora del Departamento de Educación y como decana de la Facultad del mismo nombre, ella supo orientar de manera eficiente y con espíritu siempre innovador el destino de dicha unidad académica. Quienes han sido testigos de esta fecunda e incansable labor aseveran de los enormes logros que entonces empezaron a darse con los réditos respectivos. ¡Bien por Adriana y bien por la Facultad! No obstante, su entrega indesmayable (sin horario fijo), su dedicación extremadamente exagerada y su ferviente deseo de hacer siempre bien las cosas, poco a poco fueron

mellando sus energías, su vitalidad y su propia salud. La última vez que conversamos con ella (en el *campus* de Pando), la notamos un tanto afectada pero enormemente satisfecha de la tarea realizada en aquella institución que, sin haber sido su *alma mater*, lo dio todo con amor, desinterés y, sobre todo, lealtad.

La tercera dimensión de mi acercamiento a Adriana fue a extramuros de la Universidad. Era la época del *boom* de la reforma educativa iniciada por el régimen militar de Juan Velasco e implementada por reconocidos educadores e intelectuales (algunos de ellos) de pensamiento y praxis izquierdista. Recuerdo que después de mi paso como especialista en el área de tecnología educativa del Instituto Nacional de Investigación y Desarrollo Educativo (INIDE) fui llamado a la sede central del Ministerio de Educación para laborar en la Dirección General de Educación Superior (DIGES). La idea, por un lado, era diseñar, elaborar y evaluar el currículo para las Escuelas Superiores de Educación Profesional (ESEP); por el otro, seleccionar, capacitar y realizar el seguimiento de los docentes responsables de conducir las respectivas asignaturas. Sin lugar a dudas, el primer ciclo (que correspondía a estas escuelas) era uno de los aspectos más sobresalientes e inéditos de todas las reformas que hasta el momento se habían ensayado en el Perú del siglo XX. Y los conductores de la reforma así lo consideraban y pregonaban.

Para poner en marcha tan vasto como delicado plan, la Pontificia Universidad Católica del Perú, a través de su Facultad de Educación, fue escogida para liderar tremenda responsabilidad. No se trataba de un convenio formal ni mucho menos oficial por el cual nuestra Casa de Estudios asumía un compromiso político con la revolución del militar piurano. Quienes fuimos convocados, creo, lo hicimos más a título personal que institucional. Acudió al llamado un grupo selecto de profesores encabezados por Orlando Figueroa y Adriana Flores; pronto se materializó el ingreso de jóvenes y competentes profesionales como Agustín Campos Arenas, José Domínguez Trelles, María Palacios Vallejo, Luis Destéfano, entre otros. Formamos un extraordinario grupo de trabajo que no sólo destacó rápidamente entre las otras direcciones generales, sino que con mucha seriedad asumió un rol de liderazgo a nivel nacio-

nal. Quiérase o no, puede decirse que la labor más delicada, fina y creativa estuvo en esta etapa inicial.

El alejamiento del maestro Figueroa (motivada por el recelo y el torpe egoísmo de algunos mediocres que sólo oteaban sus mezquinos intereses), al comienzo agrietó al compacto grupo. Sin embargo, el tino y la ascendencia de Adriana (casi todos habíamos sido sus alumnos) pronto logró consolidar nuevamente al equipo. El esfuerzo se redobló. Las jornadas interminables de análisis y discusión se constituyeron en parte inseparable de nuestro quehacer cotidiano. ¡Cuántos valiosos documentos se elaboraron entonces! El trabajo era corporativo: todos aprendimos de todos. En este caso, puede afirmarse que el sentimiento gnosístico fue mucho más poderoso que el ejercicio individual o aislado. Sin duda, una hermosa e inolvidable experiencia colectiva de la cual es difícil abstraerse. En todo ello, Adriana, una vez más, mostró su amplia sabiduría, su generosa entrega y su firme convicción en lo que hacía. Confieso que nos contagié. Su enorme entusiasmo y su interminable vitalidad, asombraron, igualmente, a propios y extraños. Se multiplicaba, dándose tiempo para escuchar y hacerse escuchar. Permeable en grado sumo. Jamás una soberbia ni una imposición arbitraria o desatinada que afectara al grupo. En todo caso, sabía superar su desagrado o malestar de modo inteligente e imperceptible.

Concluida la fase teórica (diseño y elaboración del plan de estudios de las ESEP), se continuó con la segunda etapa: la selección, capacitación y seguimiento de los docentes. Tarea igualmente aleccionadora y sumamente delicada. Al comienzo, eran macro concentraciones en Lima en locales tan inmensos como el Colegio Militar "Leoncio Prado" o el Colegio Nacional de Guadalupe; el equipo jefaturado por Adriana era el responsable de casi todo el trabajo. ¡Qué jornadas tan intensas las que entonces se vivieron! Permanecíamos internados con los propios participantes (la inmensa mayoría provincianos), compartiendo un trabajo inédito. Tiempo después (cuando el número de las ESEP creció) hubo necesidad de viajar a las diferentes regiones del país. Con tantas salidas, nuestra vida privada se complicó o, cuando menos, dejó de ser

estrictamente nuestra. Adriana era la que más sufría, pues su atención permanente era su esposo, el filósofo y maestro sanmarquino Gustavo Saco, y su hijo Gustavito (pequeño todavía por esos días). Pienso que, a la larga, esta fue la razón por la cual nuestra dilecta amiga dejó el Ministerio de Educación. El equipo continuó por algún tiempo; algunos se quedaron y otros nos encaminamos a nuestra antigua labor: la docencia universitaria.

Han transcurrido ya muchos años de este conjunto de experiencias evocadas alrededor de la doctora Adriana Flores de Saco y de un pedazo de la época que nos tocó compartir. Algunos podrán llamarlo, exageradamente, "egohistoria"; otros, simplemente, "semblanza biográfica". Sea cual fuere la denominación, lo cierto es que lo único que hemos deseado testimoniar con estas breves notas, es nuestro afecto y nuestra viva gratitud a una maestra, colega y, sobre todo, amiga que, a lo largo de su vida, hizo de la docencia el resorte principal de su fecundo trajinar.

Carta a Adriana

Renata Teodori de la Puente

En estas breves líneas quiero responder a la hermosa carta que usted ha tenido la gentileza de enviarnos, carta en la cual compare con nosotros el significado del alejamiento de la labor cotidiana en la Universidad, la que también reafirma su amor por la pedagogía.

Para mí y para toda nuestra generación en la Facultad de Educación usted fue uno de los pilares formativos. Fue un auténtico testimonio; la coherencia entre su quehacer diario y los principios pedagógicos en los que usted cree. En lo personal fue básico conocerla en el momento en que encarnaba un renacimiento de la Facultad. Yo era una inquieta estudiante que finalizaba Estudios Generales Letras y buscaba la disciplina profesional en que pudiera canalizar todas mis aspiraciones espirituales y académicas. Después de comparar las demás carreras, me decidí, en parte gracias a su influjo y magisterio, por la educación.

Recuerdo vivamente la expresión de sus ojos, el fluir y el caminar ligero. Parecía usted siempre tan ágil -como si tuviese alas- pero, a la vez, segura, diáfana y activa, un tanto quijotesca. En aquel tiempo de pocos recursos parecía difícil creer en nuestra Facultad. Usted tuvo la capacidad de convencernos y seguramente así convenció a las más altas autoridades de la Universidad y del país de la importancia de su proyecto educativo.

Yo creo que puedo hablar en nombre de muchos alumnos que encontramos en usted a una persona abierta, tolerante, capaz de enrumbar a la Facultad. Fueron años fundamentales de la nueva etapa de Educación. Lamentablemente muy pocos alumnos pasábamos desde Estudios Generales Letras a Educación, a pesar de la importancia de la temática educativa. Era muy difícil mantener una Facultad de elite, con sólo diez alumnos; por ello se concibió el ingreso directo a Educación. Recorriamos aquel camino que se-

para Letras del Centro Dintilhac y usted, muy segura, respondía a mis inquietudes. No era la típica docente de escritorio. Era grato abstraernos, "elevarnos" y en esos tramos poder asimilar evocaciones de la tradición de nuestros antecesores, personas que habían forjado la educación en el Perú y en la Universidad, de las cuales usted nos transmitía sus enseñanzas y concepciones pedagógicas. Usted recogía el legado del padre Jorge Dintilhac, de Carlos Salazar Romero y de don Aurelio del Corral, pero con una verdadera renovación curricular.

Fui testigo de cómo usted era gran gestora cultural. Lo que se requería era dar forma a la Facultad, otorgarle coherencia y sentido buscando a los profesores idóneos y capaces de identificarse con un proyecto. Usted apareció en un momento de gran crisis en la Facultad e inició una etapa inédita. Había tenido usted una vasta formación académica en Geografía, carrera que había perfeccionado en Inglaterra y en la tecnología educativa sistémica, en Estados Unidos de Norteamérica, la cual cobraba mucha fuerza. Pero para usted, junto con la tecnología más avanzada, era muy importante la formación en los valores cristianos, de los cuales usted siempre nos daba testimonio.

Nuestra Facultad, la de las "casetas", se configuraba como la más profunda. Eran pocos los recursos que se veían, pero tan grandes los proyectos y las aspiraciones que entusiasmaron a los de mi generación con su fuerza y claridad de metas. Las instituciones pueden opacarse en un determinado momento, pero usted contribuyó decisivamente a una continuidad y a un renacer, al mismo tiempo.

Era importante nuestra formación en los años ochenta, en un país convulsionado. Los estudiantes de Educación no éramos ajenos a lo que ocurría en la educación peruana: en un país que pugnaba por encontrar su identidad. Usted nos transmitía siempre una acogida generosa y canalizaba lo contrario a una visión chata o mezquina de la educación, que lamentablemente muchas veces tiñe a los que ejercen esta profesión, distorsionando su sentido más profundo. Por aquellos años un grupo de estudiantes formamos

el tercio estudiantil y el centro federado. Usted nos estimuló, no hubo desconfianza, sólo convencimiento de nuestros buenos propósitos.

Para usted no había hora de salida, sólo de llegada. Creo que no habrá compensación económica ni material para esos esfuerzos. Tenía usted pocos auxiliares y sus interlocutores no eran muchos: éramos nosotros. Después surgieron los equipos humanos y las personas valiosas que usted llamó.

No es el momento de evaluar nuestra Facultad, pero sí de decir que hoy, con más de 500 alumnos de pregrado y de 1 200 de los diplomas de segunda especialidad, es quizá la más prestigiosa del Perú y gran parte de sus egresados ocupan puestos relevantes en su área.

Su preocupación en los últimos años por la educación católica ha sido un tema compartido. Estoy segura de que podrá llevar a buen término la publicación de sus muchos manuscritos e investigaciones, del mismo modo que la hermosa carta encontrada en nuestros casilleros, donde nos alienta a perseverar en el trabajo creativo.

Creo que las instituciones las hacen las personas y usted ha simbolizado a la educación en nuestra Facultad.

Con mucho afecto.

Adriana... más que educadora

Elsa Tueros Way

"El tiempo de los hombres y de las mujeres no es el tiempo de Dios". Esta frase de autor desconocido, como tantas otras, es la que en esta ocasión no puedo aplicar a Adriana Flores de Sacó Miró Quesada, más que educadora, una mujer muy mujer.

Adriana llega a nuestro planeta en este siglo que alcanza su final. Es un siglo cargado de densas preguntas para las que ella, una mujer maestra por vocación, sencillamente humana, estudiosa siempre y de privilegiada lucidez, tiene claras y contundentes respuestas. En las clases de la universidad, en los diálogos de oficina, en los claustros de profesores, en las tertulias de las cafeterías, en los diversos certámenes académicos y en los múltiples caminos de nuestro *campus* ella ha ido sembrando de ideas y de esperanza las mentes y los corazones de sus interlocutores. Pero más que respuestas siempre ha ofrecido a sus discípulos, colegas y amigos nuevas y comprometidas preguntas.

El tiempo de Adriana es el tiempo de Dios para cumplir la misión que Él le ha confiado. Es el tiempo en el que todos hemos de construir un mundo más humano y más cristiano. Estamos ante lo que podríamos llamar "el secreto de Adriana". Hay en ella una dimensión de fe inmensa, sin la que todo en su vida de mujer educadora cae como carente de fundamento.

Podríamos recordar nuestras clases y diálogos y nos convenceríamos que a través de sus enseñanzas, de sus palabras y de sus intervenciones, el amor a la ciencia y a la educación -en definitiva, el amor humano-, que inculca, se apoya íntegramente en la convicción de que los hombres hemos de construir el bien común porque todos somos hermanos por ser hijos de un Padre Dios. Y es que la realidad generosa del Dios Padre, esa realidad última, clave de todo en el mundo y en la historia, se deja precisamente percibir y sentir en la persona de Adriana. Por ello podría decir que es ella

una realidad de persona generosa, "agraciante".

La vida de Adriana nos convence de que lo que ha predicado no es una quimera. Veinticinco años vividos a su lado como discípula y como colega me permiten afirmar que su vida está plenamente apoyada en la convicción íntima de la presencia del Padre de la Ciencia y de la Sabiduría, del Señor de la Vida y de la Esperanza. Dentro de la cercanía con sus pares y con sus discípulos hay una distancia que ella guarda celosamente: Dios es "su" Padre, "nuestro" Padre. Presiento que es esta certeza la que le otorga la osadía de hablar con autoridad. La que la llena de fortaleza en su actitud de suprema fidelidad y de consecuencia inédita con su actitud y su palabra.

Gracias Adriana por ser como eres, por el desafío que nos has planteado al dejar las aulas universitarias. Continuaremos contigo abriendo caminos a la educación en nuestro país y en el mundo. Es tu gran reto, nuestro reto: el abrir caminos a la vida.

Mi visión de Adriana

Elena Valdiviezo Gaínza

Conocí a Adriana como profesora de Geografía de tercero de secundaria en el colegio San José de Cluny. Ella tendría unos 20 años y la misma sonrisa que tiene hoy. Era una maestra pelirroja y pecosa, que siempre nos inspiró confianza, seguridad y alegría y, por todo ello, deseos de estudiar. Ya no recuerdo en detalle lo que aprendimos, pero ella es de las personas que dejan huella y de las maestras que con el testimonio de su vida nos muestran un camino de honestidad, veracidad y espontaneidad.

Más tarde, a su regreso de Europa, después de largos años de formación en Inglaterra y otros países, la encontré como docente de la Facultad de Educación, en un momento de crisis, muy preocupada por el futuro de la misma. En el año 76 fui convocada por ella para organizar la formación docente en Educación Inicial y mi contacto fue esta vez como colega de trabajo. Con qué dedicación acompañó la formación de esta especialidad: el diseño del currículo, la coordinación con Psicología y la difícil selección de las profesoras, pues en esa época no había muchas con nivel universitario que pudieran hacerse cargo de las asignaturas de la especialidad.

Y cuando fue decana (1977-1984) debo agradecerle el apoyo total al proyecto *Nuestros niños*, para desarrollar la primera experiencia regional de capacitación docente con la asesoría del doctor Weikart, director del Instituto de Investigaciones Educativas *High Scope*, de Michigan. Recuerdo cómo me sorprendió cuando no tuve que explicarle mucho para que ella comprendiera la necesidad de realizar este proyecto y brindara en forma inmediata las mayores facilidades para su realización.

Pero creo que lo que más admiro en ella es su capacidad de desprendimiento de los asuntos materiales. Proveniente de una familia de muchos recursos de Piura, fue de pronto despojada de

sus propiedades por la reforma agraria de los años 70. Lo asumió con gran entereza y sin resentimiento alguno. Cuando algún tiempo después fue llamada a colaborar en la reforma de la educación, en el nivel de educación superior, lo hizo con el entusiasmo que pone ella en todo lo que emprende, especialmente si se trata de mejorar la educación. En esa época fue evidente su compromiso con las innovaciones de la tecnología educativa, por el lado del análisis de sistemas, que ella asumió como una herramienta útil para visualizar las múltiples y variadas implicancias de la acción educativa, así como los diversos factores que inciden en cada evento pedagógico. Pero, sobre todo, su interés era el marco teórico, que siempre fue para ella el enfoque humanista y los postulados cristianos de su profunda fe católica.

En su trayectoria como profesora y autoridad, en los cargos que ha desempeñado (decana y jefe de Departamento) siempre se distinguió por su espíritu democrático e innovador y su trato igualmente amable para con todos. No sólo la recordamos con cariño los profesores y sus alumnos, sino también el personal administrativo y los conserjes. En cuanto a los cambios, siempre estuvo abierta a ellos, pero no al cambio por el cambio, sino a aquellos que nos llevan a mejorar efectivamente, distinguiéndolos de las "modas" que se dan también en el terreno educativo. Muchas veces nos hizo reflexionar acerca de la autonomía intelectual de la universidad frente a las variaciones de los planteamientos oficiales, no siempre suficientemente reflexionados y sustentados.

Una innovación importante en el área, que ella impulsó, fue la creación del Centro de Investigaciones y Servicios Educativos (CISE-PUCP), por el cual trabajó intensamente convencida de su importancia. Elaboró el reglamento y ayudó a su puesta en marcha. Después de aproximadamente dieciséis años de funcionamiento, constatamos y agradecemos su visión prospectiva.

Como jefe del Departamento de Educación, entre los años 1994 y 1996, su gran preocupación fue el perfeccionamiento de los

docentes del área, promoviendo las reuniones de integración y superación profesional de los días martes, a las 11 a.m., de los profesores TC y TPC, que todavía mantenemos como una estrategia importante de intercambio de opiniones, de experiencias académicas, pero sobre todo como un elemento cohesionador de voluntades y objetivos comunes, que el correo electrónico no puede sustituir.

A propósito de informática, ella también coordinó los primeros cursos para docentes con el INFOPUC a fin de que todos los profesores del área utilizáramos los nuevos medios tecnológicos como recursos cotidianos. Esto, sumado a su gran interés por la educación a distancia, modalidad en ese entonces poco menos que mal vista, generó, con el concurso y el esfuerzo de otras personas, los primeros programas que se crearon en la Universidad para apoyar el mejoramiento de la calidad de la educación a nivel nacional.

Recuerdo también como un hecho excepcional que cuando se realizó el Primer Seminario Virtual *Temas en Educación* en 1997 ella fue la más entusiasta en participar. A pesar de que su manejo de la computadora no era ni siquiera mediano, no sólo escribió con mucho interés su ponencia, sino que siguió paso a paso las intervenciones y animó la discusión, opinando y respondiendo a los participantes. Estuvo muy interesada en la discusión que se originó, en el intercambio de ideas y, se podría decir con toda seguridad, que fue nuestra colaboradora estrella.

Ahora está dedicada a la salud de su esposo y a su vida familiar. A pesar de que ella podría estar mucho tiempo todavía con nosotros ha decidido que es el momento de volcar sus energías para estar al lado de quien la acompañó siempre y hasta hace muy poco venía todos los días a esperarla y recogerla. A quien desde estas humildes palabras quiero reconocerle también lo que significó y significa su apoyo y permanente amor para esta vida consagrada a la educación. En realidad ambos han dedicado su vida entera y se han apoyado mutuamente en el ejercicio de esta vocación. Ninguno de los dos sería lo que es sin el otro.

Finalmente, quisiera decirle que si las circunstancias se lo permiten escriba algo de esa rica experiencia y sobre todo del espíritu que la sustenta, pues en estos momentos de tanto pragmatismo, hedonismo y utilitarismo se necesitan voces que nos hagan ver y reafirmen nuestras convicciones a quienes hemos elegido esta profesión, que existen ideales y valores por los cuales es necesario y posible, vivir y luchar.

Testimonios

La doctora Adriana Flores de Saco se caracterizó siempre por ser una persona íntegra, noble, sencilla, dispuesta siempre a brindar su ayuda desinteresada; así como sus consejos, inculcando a los demás el deseo de superación, de ambiciones sanas, de progreso, de fe en Dios, de agradecimiento a Él por todo lo que nos depara.

Considerada como "Decana de los Decanos" que no sólo se dedicó a difundir sus enseñanzas en las aulas, sino también fuera de ellas; y es por estas razones que se ganó el aprecio, la consideración y la admiración de todos los que estuvimos cerca de ella; quienes la extrañamos y lamentamos ya no tenerla en el área de Educación, pero sí en nuestra memoria y en nuestros corazones.

Lima, 6 de julio del 2000.

Juan Padilla Timoteo

Es indudable que una de las profesoras con más prestigio que yo he conocido en nuestra facultad ha sido la doctora Adriana Flores de Saco. A través de los cursos que tuve la oportunidad de llevar con ella me di cuenta de que no sólo era una gran profesora sino también una gran persona. Lo que más me llamó la atención de ella es que se interesa más por "formar" que por "informar", para ella lo más importante es que las personas adquieran valores y que desarrollen aptitudes y potencialidades que les sirvan para ser protagonistas de su desarrollo y para contribuir en el desarrollo de los demás. Una de sus grandes virtudes es que nos enseñaba con el ejemplo, esto incluye su modestia, curiosidad, humildad y su vocación de servicio.

Estoy seguro de que mucha gente que ha sido alumno de Adriana tratará de seguir su ejemplo y contagiarse de su vitalidad... que es algo que a ella le sobra.

Lima, 3 de agosto del 2000.

Luis Enrique Bazán

Recuerdo a la doctora Adriana en mi primer trabajo de campo en Pachacamac; hasta entonces la Geografía era para mí una materia de textos, nombres, datos.

Con ella descubrí el placer de caminar con los alumnos, de deslumbrarlos con la observación de lo evidente y sin embargo oculto para el que no conoce su país, no conoce su espacio, sus cambios a través del tiempo, las manifestaciones de los hombres que vivieron en ese espacio. Atesoré la sonrisa, la ternura y la tolerancia ante una alumna insegura.

Hoy, treinta y cinco años después, sigo recorriendo con mis alumnos diferentes lugares de este espacio nuestro que es el Perú y aunque los tiempos, la tecnología y los enfoques educativos cambian sigo utilizando aquellas "técnicas" de ternura y tolerancia que me inspiraron la lejana imagen de mi maestra de Geografía.

Lima, 17 de agosto del 2000.

Susana Rojas Moreno

Hoy la recuerdo... como si fuera ayer, ese ayer de aquellos años de la Facultad de Educación en la vieja casa del jirón Camaná.

Su andar ligero y su mirada profunda, siempre amable y dispuesta a compartir lo que sabía, a explicarnos sobre los levantamientos de planos, medición de superficie, perfiles y cortes terrestres y tantos otros temas que me llevaron a conocer y amar la Geografía.

Tuve la suerte de formarme con ella, vi la fuerza y su ímpetu por enseñar y aprendí que maestro es quien tiene la vocación de formar y educar y de transmitir esos valores auténticos que acompañan toda la vida.

Cuando aún desarrollo una sesión de aprendizaje de Geografía siempre está presente. Doctora Adriana Flores de Saco, ¡Gracias!

Huancayo, 20 de agosto del 2000.

Guillermina Rosales Alipázaga

A lo largo de estos años dedicados a la formación de educadores, la doctora Adriana Flores de Saco ha demostrado que el acto educativo es mucho más que la información y el dominio de un cúmulo de datos o conocimientos fríamente dados y ajenos al mundo cotidiano, al calor humano del contacto personal. En sus clases y fuera de ellas, en conversaciones interminables, aprendimos que el proceso pedagógico es un intercambio no sólo de datos, sino de mensajes de afecto, de emotividad y de alegría. Las palabras de una gran maestra como la doctora Adriana siguen y seguirán prevaleciendo porque llegan a la raíz de la vida: amor, respeto, fe, libertad y tolerancia.

Lima, 5 de setiembre del 2000.

Wendy Lucía Laura Ugarte

Tengo muchos motivos para considerar a la doctora Adriana mi "maestra". Siempre valoré su incansable actitud de ampliar las fronteras de su conocimiento, presente en los más diversos eventos académicos, investigando hasta muy tarde en su oficina, discutiendo con sus alumnos nueva información y técnicas, orientándolos no sólo en las ciencias sino en la vida misma. Incansable promotora de nobles ideales, ninguna de nosotras olvidará las innumerables horas de diálogo y de trabajo en torno a la construcción de los llamados "diseños instruccionales" donde la definición de la misión del docente cobraba especial valor. Y es que la doctora Adriana supo darle especial significación al "ser docente".

Qué puedo decir de su tenacidad, de su fortaleza espiritual, nunca la sentí desmayar ante los obstáculos y las exigencias de los nuevos retos, por el contrario, siempre los asumió con fe, alegría y esfuerzo sostenido.

Mi primera hija se llama Adriana, he tratado de sembrar en ella y en mis demás hijos algo que no olvidaré de la doctora Adriana: la fe en la vida y el incansable esfuerzo de hacer de cada día un tiempo lleno de sentido y trascendencia.

Lima, 11 de setiembre del 2000.

Liza Cabrera Morgan

Hablar de la doctora Adriana es hablar de la persona que más me ha enseñado lo que debe ser una verdadera docente, una verdadera maestra. Su sapiencia, sus enseñanzas de la vida, su deseo de aprender siempre, su incansable diálogo, su entrega y amor a esta casa de estudios y por supuesto a nuestra Facultad, sus detalles, siempre compartiendo todo. Desde que fue mi profesora me transmitió ese don especial que tiene de amar lo que es, maestra, amiga y guía; luego como su jefe de práctica siguió haciéndolo pero esta vez señalando que nosotras las jóvenes seríamos el futuro de la Facultad y por eso teníamos que aprender. Luego como colegas siempre aconsejándome, guiándome en este caminar de la vida y, claro está, con la atenta mirada de nuestro Señor Jesucristo y la Virgen María. Gracias a ella siento que mi elección de ser docente fue la correcta, que ser formadora de jóvenes es un reto pero también una increíble satisfacción por contribuir con un granito de arena en la formación de los futuros docentes de nuestro país. ¡Gracias doctora Adriana!

Lima, 12 de setiembre del 2000.

Patricia Escobar Cáceres

Para esta ocasión evitaré hacer uso de un gran despliegue retórico en torno a la figura emblemática de la doctora Adriana, procurando solamente dar unas breves reflexiones en torno a su persona. Muchas han sido las veces que, sumido en la lectura en una de las bancas de la Facultad, en pleno atardecer, veía pasar al doctor Gustavo Saco rumbo al Departamento de Educación. Momentos después veía a la doctora Adriana salir de su oficina cogida del brazo de su esposo, luego de cumplir la noble y ardua tarea que ha ejercido de manera siempre responsable, tanto para el bien de sus alumnos como de nuestra Universidad. Su conducta siempre ha sido aleccionadora para los alumnos. Frente a un mundo caracterizado por la pérdida progresiva de valores, hemos tenido el privilegio de compartir con ella su saber y su calidad de vida. Para los que la conocemos, es una persona con un profundo conocimiento de la realidad nacional y una convencida de que la educación es vital para el desarrollo de nuestro país. De ahí que esté muy comprometida con los valores,

preocupada por el desarrollo de lo que ella llama "el talante ético global", siempre dispuesta a difundirlo y propagarlo a sus alumnos, ya sea dentro o fuera del aula. Siempre buscando en el alumno la afirmación de su ser, siempre buscando la preservación de los valores esenciales del hombre. Considero que la vida y la obra de la doctora Adriana deben servir de ejemplo a las nuevas generaciones de educadores porque encarnan saber, valores y virtudes, tan necesarios para el desarrollo personal como para el desarrollo del país. Conocerla ha sido una experiencia enriquecedora para mí. Espero que estas líneas expresen un justo y merecido reconocimiento a tan querida maestra y también mi afecto a ella.

Lima 14 de setiembre del 2000.

Carlos Cerdán Aristondo

Mi opinión es que la doctora Adriana Flores de Saco era una persona muy humana con todos los que trabajamos con ella, y también el trabajo y su esfuerzo que hizo por nuestra Facultad porque gracias a ella la Facultad de Educación sigue en desarrollo, porque si no la Facultad ya no hubiese existido, estaba para cerrarse, y eso es un gran reconocimiento a la doctora Adriana de todos nosotros que trabajamos bajo su gestión como decana y debemos siempre reconocer su gran desempeño dentro de la Universidad. Siempre extrañamos su presencia; esa es mi opinión, gracias por haberme pedido opinar.

Lima, 18 de setiembre del 2000.

Segundo Garay

Mujer abnegada que me enseñó a querer la Geografía en mis primeras experiencias y práctica profesional, y a investigar mucho más sobre esta especialidad tan olvidada en ese entonces. La profesora, amiga y amauta que siempre está al día en los constantes cambios y evoluciones, especialmente en el campo educativo. La que dialoga constantemente a pesar del exceso de trabajo y cansancio sin

tener en cuenta la hora, el día ni el tiempo. ¡Por todo eso, muchas gracias maestra!

Bethesda (Maryland), 22 de setiembre del 2000.

Martha Ugarte Herrera

El grupo de colegas que tuvimos la fortuna de tener a la doctora Adriana Flores como docente durante nuestra formación profesional, la recordamos matizando sus clases con innumerables e interesantes anécdotas, muchas de ellas personales. Viene a mi memoria, por ejemplo, aquella en la que uno de sus alumnos le confesaba -esperando seguramente recibir una señal aprobatoria a su sacrificada labor- sentirse agotado luego de "dictar clase". Cuál no sería la sorpresa de este joven colega al escuchar a la doctora Adriana replicar -imaginamos que con su dulce sonrisa- que ello indicaba que era un mal profesor pues quienes deberían quedar agotados -por investigar, interactuar activamente y generar sus propios aprendizajes- debían ser los alumnos y no el docente.

La recordamos también insistiendo en la necesidad de valorar y distribuir bien nuestro tiempo y lo hacía comentando escenas como aquella en la que un joven Jean Piaget sostenía en un congreso ante el respetuoso silencio de Sigmund Freud la importancia de "saber perder el tiempo bien", como requisito para obtener una personalidad equilibrada.

Asimismo, la recordamos compartiendo con nosotros su inquietud y tenaz defensa de la necesidad de crear un Centro de Investigaciones Educativas en nuestra Facultad, a fin de promover el desarrollo y la difusión de estudios y proyectos en beneficio de la comunidad educativa nacional. Quién creería que ese anhelo, además de verse pronto convertido en realidad, tendría en ella a una de sus más tenaces impulsoras durante años.

La recordamos así, demostrando a cada instante que un verdadero maestro enseña no sólo a través de una cátedra, sino a través de

diálogos informales, de espontáneas reflexiones y de obras que florecen con el tiempo.

Lima, 10 de octubre del 2000.

Guadalupe Suárez Díaz

Para una gran amiga difusora de la enseñanza, formadora de formadoras, quien dedicó muchos años de su vida con gran entusiasmo y dedicación a nuestra casa de estudios, que hoy la recuerda con mucho cariño.

Todos los que la conocemos tenemos gratos recuerdos por ser una persona íntegra, honesta, solidaria y justa, además por sus grandes aptitudes por el respeto al ser humano y por su identificación con nuestra institución.

Durante el tiempo que permaneció en el Departamento de Educación como profesora principal TC lo hizo con un gran sentido de responsabilidad y para los que seguimos sus enseñanzas, consejos y orientación recordamos una frase muy peculiar, pero que nos dio una lección de vida: *"Elévate cuando sientas que ya no puedes solucionar tu problema, elévate cuando sientas que no eres comprendida y que son injustos contigo, elévate."* Cómo poder olvidarte si has dado tanto de ti.

Lima, 17 de octubre del 2000.

Carmen Rosa Vivanco Avendaño

Es honroso y grato unirme al merecido homenaje que los *Cuadernos del Archivo de la Universidad* ofrecen a la doctora Adriana Flores de Saco. Admiro su fecunda trayectoria como docente de muchas generaciones de educadores a los que, con gran lucidez, inteligencia y vocación de maestra, orientó con acierto dentro y fuera de las aulas por los caminos de la ciencia y la técnica, así

como en el conocimiento y la práctica de los más preciados valores éticos y cristianos. Hago votos porque su ejemplo siga iluminando, particularmente a todos aquellos que eligen a la educación como profesión, pues encontrarán en él abundantes lecciones de vida.

Lima, 25 de octubre del 2000.

Aurora de la Vega de Deza

Documentos

709

No. 196 hijo de Don *Benjamin Flores*
 y de Doña *Matilde Burnes* nacido
 en *Piura* el *30* de *octubre* del año *1922*
 y domiciliado en *Lima* calle *Apurimac* No. *432*
 queda matriculado como alumno oficial del *1^{er}* año de estudios de la Facultad de Letras.
Lima, 14 de *abril* de *1942*

Adriana Flores Burnes
 FIRMA DEL ALUMNO

J. del Bustos
 FIRMA DEL SECRETARIO



Ficha de matrícula n° 196 de la Facultad de Letras
 (Lima, 14 de abril de 1942)

Libro de matrículas de la Facultad de Letras (1936-1943), p. 709



Adriane en el cuarto año de la Facultad de Letras y Pedagogía
Lima, 7 de abril de 1945



Adriana habla en la celebración académica
por el cincuentenario de la Facultad de Educación
Auditorio de Derecho, 12 de mayo de 1997
Foto por Cosme Trujillo Barrueta



Adriane con su esposo Dr. Gustavo Saco Miró Quesada
en el paseo central del campo universitario PUCP
"Ninguno de los dos sería lo que es sin el otro."
San Miguel (Lima), 6 de julio del 2000

Índice

Presentación, por el doctor José Agustín de la Puente Candamo, Presidente del Comité Editorial de los <i>Cuadernos del Archivo de la Universidad</i>	5
Comunicación de Adriana Flores de Saco	6
Adriana Flores de Saco: educadora de educadores, por Inés del Águila Ríos	8
La reconstrucción nacional en las reflexiones de Adriana Flores de Saco, por Jorge Capella Riera	9
La cercanía de Adriana, por Lucrecia Chumpitaz Campos	13
En el nombre de Adriana, por Roberto Criado Alzamora	16
Adriana Flores o la pasión por el magisterio, por Margarita Guerra Martinière	18
Sencillamente Adriana, por Teresa Jinés Manyari	22
Adriana Flores de Saco, por María Amelia Palacios	24
Evocaciones sobre una época y un personaje, por Raúl Palacios Rodríguez	26

Carta a Adriana, por Renata Teodori de la Puente	36
Adriana... más que educadora, por Elsa Tueros Way	39
Mi visión de Adriana, por Elena Valdiviezo Gaínza	41
TESTIMONIOS	45
DOCUMENTOS	53

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

Archivo de la Universidad

César Gutiérrez Muñoz
Archivero de la Universidad

Beatriz Montoya Valenzuela
Sheyla Prado Guevara
Vanessa Veintemilla Minaya
Archiveras

María Dextre Vitaliano
Administradora

Arturo Fernández Farro
Christian Prada Flores
Diego del Río Figueroa
Jorge Luis Valdez Morgan
Alumnos colaboradores

Javier Mendoza Suyo
Conservador

Elizabeth García Vásquez
Diagramadora

Ejemplar N° 211

El número 23 de los *Cuadernos del Archivo de la Universidad* se terminó de imprimir el 30 de octubre del 2000, septuagésimo octavo natalicio de Adriana Flores de Saco, en la imprenta PUCP. La edición consta de trescientos ejemplares numerados.